

La hora del amor

Está entre nosotros la última película de François Truffaut. Viene avalada por sus anteriores creaciones: ante todo, "Los cuatrocientos golpes", su primer largometraje, en el cual se revela Jean-Pierre Léaud, protagonista también de "La hora del amor". La producción inglesa "Fahrenheit 451" figura entre sus mejores films, junto a "Jules et Jims" y "La piel suave", que perfilan, en este realizador, un claro itinerario de crítica a la cotidianidad insulsa y fría de la sociedad en los países llamados "desarrollados".

Una vuelta a la sencillez en el relato

La actual generación de realizadores europeos y norteamericanos ("Nouvelle vague", "Free cinema", "Underground", Fellini, Antonioni...) ha querido encontrar nuevas formas narrativas y se ha rebelado contra el relato clásico, lineal y excesivamente desmenuzado. En medio de esta desaforada experimentación se ha caído, ciertamente, en un abuso difícilmente justificable. Puede decirse que "La hora del amor" es un regreso y una revitalización del relato que no implica, sin embargo, el conformismo con los modelos clásicos. Es una vuelta a todo lo sencillo, lo primitivo, lo ingenuo que trae consigo el contar los detalles rutinarios de la vida, los detalles que por su cotidianidad nos pasan inadvertidos. Truffaut se revela con un arte sin virtuosismo (recordemos la austeridad de los medios en "Fahrenheit 451" que, acercándose a la ciencia-ficción, parece debiera destacar la espectacularidad).

El nombre original francés ("Baisers volés" - "Besos robados") refleja muy bien el tenue fondo que late a lo largo de todo el film. En Venezuela lo conocemos como "La voz del amor". El nombre original surge de la canción de Trénet que inspira todo el film: "Que reste-t-il de nos amours?" Esta canción es prólogo y epílogo de la película, y el

★ Lo más reciente de Truffaut.

★ Cuasi-continuación de "Los 400 golpes".

★ Calidad artística, sin espectacularidad.

mismo Truffaut —declarando, durante el rodaje, para la prensa— ha dicho: "Si el film terminado se parece a esta canción, estaré muy contento."

Antoine Doinel, un personaje singular

Jean-Pierre Léaud (Antoine Doinel), con una actuación realmente singular, marca una evolución en Truffaut, su director-papá. Parece que Truffaut retomara al muchacho que había dejado corriendo hacia el mar en la secuencia final de "Los cuatrocientos golpes". Antoine Doinel sigue hoy —a la edad del servicio militar— recibiendo golpes de la sociedad, sólo que ésta es ahora más silenciosamente violenta.

Se trata de un cuento, el cuento de Antoine Doinel, un muchacho ingenuo, inseguro, torpe, que busca incardinarse en la sociedad civil después que, por su ineptitud, es dado de baja en el ejército; un desadaptado que no logra "enrolarse" en la normalidad de la vida ordinaria, un temblor asustadizo frente a la realidad, una sonrisa tímida ante la aparente seriedad de la vida. Un muchacho que busca, sobre todo, un amor verdadero y permanente. Truffaut se sirve de él para destacar lo irónico, lo triste, lo cómico, lo cálido de la cotidianidad en la que transcurre su existencia inestable y golpeada.

La actitud de Truffaut frente a la sociedad, tal como se revela en este film,

sigue siendo crítica, pero no demasiado. Se diría, más bien, que su intención es la de ser realista; con un realismo cálido, irónico, sonriente.

Lo cotidiano frente a la cámara

La cámara es el ojo escrutador, atento, de Truffaut. Este es un realizador su gerente, comedido, casi diríamos, parco. A través de su lenguaje fílmico, lineal y mesurado, como dijimos antes, nos muestra unos personajes ordinarios, sumergidos en una cotidianidad no menos ordinaria, en la cual escasea lo espectacular o desproporcionado. Pero es precisamente aquí, en la descripción de estos personajes y del mundo en que viven, donde Truffaut revela su calidad artística, su excelente capacidad de insinuación, su sentido del detalle. Una conversación, una mirada, unos gestos —escasos, pero significativos—, un silencio, un monólogo frente al espejo, el acto de servir el café, son los hilos levísimos que tejen el film, la estructura impalpable sobre la cual descansa. La película se hace en estos detalles y sugerencias, presentados, por otra parte, con tal selección y habilidad, que bastan para caracterizar los personajes y darle coherencia a la trama.

Por eso, por esa ausencia de espectacularidad, por ese ambiente de insinuación y de detalle ordinario, salimos de la película con la sensación de no haber visto nada y de haberlo visto todo.